



CLASES DE CERÁMICA EN LA CARCEL

Las dificultades económicas habían forzado a muchos ceramistas a buscarse la vida, algunos optaron por dar clases de cerámica a personas con diversas minusvalías, después de todo, la cerámica es muy terapéutica, por lo que estas clases eran muy populares, mientras otros habían intentado colaborar con fabricas y estudios de diseño, tratando de superar los mutuos recelos y fabricar una cerámica digna, pero la crisis económica acabo pronto con esta salida.

Los más valientes optaron por buscarse un hueco en las prisiones, dando clases de cerámica a los internos, con vistas a darles una salida y una posible rehabilitación posterior, inclusive algunos podrían ganarse la vida haciendo cerámica cuando cumplieran su condena.

La cárcel solo es un reflejo de la sociedad, por tanto no es difícil encontrar a internos con talento natural para las artes, a pesar de que otros parecen totalmente negados para la cerámica, aunque sí quieren matar el tiempo, la única forma de matar algo que las leyes de la sociedad si permiten en tiempos de paz.

Varios internos han llegado a apuntarse a grupos de investigación de esmaltes o cerámica, dando como señas el apartado de correos de la prisión. Otros reunían sellos de correos para pagar por revistas o libros de cerámica, si la editorial lo permitía.

Carlos Libertez preparaba las clases de cerámica en la prisión con sumo cuidado, ya que no se podían usar según que herramientas metálicas susceptibles de convertirse en un arma, dado el talento de los internos en estas labores.

Entre los que se apuntaron a las clases de cerámica había gente de la delincuencia común, la evasión fiscal, la violencia de género, el narcotráfico, el terrorismo, delitos de índole sexual y los delitos de corrupción política.

Algunos atracadores podían fabricar un quemador de cerámica sin mucha dificultad, dada su experiencia en la rotura de butrones y cajas fuertes con una lanza térmica.

La mayoría de los internos de la cárcel hacían cosas sencillas como ceniceros, figuras o pequeñas piezas.

Los internos llevaban con mucha impaciencia los tiempos del horno de cerámica y siempre querían meter sus piezas las primeras sin esperar el turno.

Carlos Libertez llevaba el tema con mucha mano izquierda y ayuda de los funcionarios en los momentos más difíciles.

Un interno, de carácter más bien difícil, insistía en cocer su cenicero de cerámica primero, aduciendo que era un regalo para su novia, que estaba a punto de venir para un bis a bis, seguía insistiendo en vano y se quedó rezagado entre los últimos en abandonar la clase, al acercarse el monitor de cerámica, el interno saca un pincho, lo coloca amenazante en el cuello del ceramista y le amenaza de muerte si no mete el cenicero en el horno en ese momento.

Carlos Libertez trata de mantener la calma, dentro de la tensión y trata de explicar que el horno no se puede abrir, el violento preso aprieta cada vez más y mantiene firme la amenaza de cortarle el cuello de inmediato.

El ceramista piensa que el interno solo tiene miedo a los kies de la cárcel y a otros internos más violentos y decide jugar esa baza.

Controlando los nervios el monitor explica al interno que si abre el horno se romperán todas las piezas de cerámica de los otros internos y que serán ellos los que le rajen a él, el interno no domina la situación, piensa en las repercusiones, tira el pincho, a duras penas controla un llanto nervioso y frustrado se entrega a los funcionarios para ingresar en un modulo de aislamiento como castigo.

El ceramista adquiere el necesario respeto de los internos para seguir las clases de cerámica sin más problemas.